

# El callejón sin salida del capital, el socialismo inconcluso y la autogestión de la vida

**Humberto Miranda Lorenzo**  
**GALFISA//Instituto de Filosofía**

*Nadie sabe qué cosa es el comunismo  
Y eso puede ser pasto de la censura  
Nadie sabe qué cosa es el comunismo  
Y eso puede ser pasto de la aventura*  
Silvio Rodríguez

El presente escrito tiene dos características fundamentales: primero, la brevedad; segundo, el abordaje de la temática en tres tesis, a saber, a) la imposibilidad del capitalismo como modo de convivencia; b) el análisis crítico del socialismo histórico conocido como alternativa y, c) la autogestión como posible modelo de organización de la sociedad superador de la lógica del capital.

Estas tres tesis podrían ser traducidas al imaginario común en tres preguntas: ¿Por qué el capitalismo es «malo»? ¿Por qué si el socialismo real iba en su contra no lo superó, o no fue completamente «bueno»? y, ¿Por qué la autogestión podría ser «mejor»?

## 1. La saga del Capital

Mucho se ha escrito, discutido, mucho se escribe y se discute en torno a la sociedad que basa su funcionamiento en la lógica del capital. Una sociedad centrada en la economía por encima de los seres humanos. Como expresa Fidel Castro en su última entrevista a Ignacio Ramonet, «no existe más economía que la del capitalismo». Y esto plantea un serio desafío en términos emancipatorios ¿Cómo superar esta racionalidad? ¿Será suficiente una revolución como las que caracterizaron el siglo XX desde sus inicios?

La economía, como sistema de conocimientos, como forma de la conciencia social y como estructura de pensamiento, reproduce el ciclo del capital que tiene lugar en la realidad. Los movimientos emancipatorios a lo largo de la historia han tratado de resolver en el ámbito teórico, político y en la propia práctica social los problemas que a la humanidad les plantea el capitalismo. La superación de dicho sistema tiene ya una historia de búsqueda de alternativas --más o menos exitosas en determinados plazos históricos, pero que no han logrado desbloquear los obstáculos necesarios para dar lugar al tránsito formacional-civilizatorio deseado y previsto por la teoría emancipatoria desde el siglo XIX— a la dominación del capital.

Uno de los mayores obstáculos ha sido la economía, como práctica y discurso que, de una u otra manera, pone límites a formas de convivencia desenajenada. En mi opinión, si la economía es la estructura en la que el capital se despliega —en la realidad objetiva—y el sistema de conocimientos que lo reproduce —a escala del pensamiento—, mientras más nos adentremos y profundicemos en las aguas de la economía, terminamos reproduciendo —voluntariamente o no— las relaciones del capital. No podremos «sobrepasarlo», «desbordarlo», «ir más allá».

El capital ha convertido a la economía en su medio de expresión, en su entorno «vital», más aún, el capital ha convertido a la economía en **la** realidad objetiva. La economía se ha transformado en una ciencia esotérica, intrincada, llena de cifras y categorías

«incomprensibles» para el humano común, pero a su vez, lanzada a nosotros como la esencia de todo nuestro acontecer, la realidad en la que vivimos, la realidad de la que no podemos salir si no es llevados de la mano de los «expertos». ¿Es la economía el espacio vital de la sociedad? ¿Está la esencia humana centrada únicamente en ella?

Lamentablemente hoy estas preguntas encuentran respuestas afirmativas al mirar la manera en que el mundo se desenvuelve. La vida humana transcurre atrapada en las redes de la economía, de la economía del capital. Una idea de economía que se dice tomada del concepto aristotélico, pero que nada tiene que ver con la «autogestión de la casa» por un grupo de personas mediante la concertación. Sino una economía centrada en la búsqueda de ganancias y la conversión en valor de uso de las capacidades de creación humanas.

El poder del capital financiero se ejerce en la actualidad por encima de cualquier otra manifestación del capital. El objetivo del despliegue de la fuerza del trabajo va destinado a la obtención del dinero. Dinero que debe ser destinado a la obtención de objetos de consumo. Consumo de objetos asociados a la noción de la felicidad humana.

El capital «aconseja», mientras más objetos se posean, más felices deberán ser las personas. Y esta es la principal «bujía» de funcionamiento del capitalismo. Un sistema de dominación múltiple que sobrepasa los marcos de la explotación económica y abarca, en términos de dominación, todas las facetas de la vida humana.

El liberalismo de Smith y Ricardo, más que una teoría económica es una ética, un conjunto de normativas de gestión de la escasez por parte de la sociedad a través del mercado. Único vehículo de interacción humana y de construcción de socialidad. En la prédica del liberalismo contemporáneo de Hayek, Polanyi y la «tropa élite» del neoliberalismo, no es otra cosa que la «sobresacralización» del mercado como eje regulador ya no solo de los procesos económicos, sino de todos los procesos de la vida humana.

El mercado es el fetiche, la «mano invisible», el espacio de consagración de las aspiraciones humanas, proyectado desde una arquitectura cuyos cimientos fundamentales radican en la sagrada propiedad privada. Propiedad privada disfrazada en la propiedad sobre las cosas, pero que carece de sentido si no se realiza en la propiedad sobre la naturaleza y más importante aún, sobre las personas, sobre las capacidades humanas para producir riqueza, para crear, para transformar el mundo.

Pero el sistema en su funcionamiento, y a consecuencia de su propia lógica, tiende a la destrucción de ambas fuentes de producción de la riqueza. El fundamento mismo de su existencia, la elevación constante de la tasa de ganancias se encuentra, tendencialmente, conducido a su decrecimiento y, por consiguiente, el sistema tiende a su autodestrucción.

El capital depende de su par esencial, el trabajo. Y a partir de la década de los 70 del pasado siglo, cuando cayó en onda larga recesiva, comenzó un proceso de desregulación con el objetivo de incidir en el denominador de la ecuación para elevar la tasa de ganancias. La quiebra del estado de bienestar, de los mercados laborales, del poder de los sindicatos, la caída constante de los salarios y la exclusión como fenómeno estructural del sistema.

El tradicional ejército industrial de reserva forma parte hoy del parque jurásico del desarrollo social. La revolución tecnológica se ha constituido en una herramienta de desplazamiento de grandes masas de trabajadores de la producción. La propia producción material de bienes y servicios registra una tendencia al decrecimiento y ese espacio es ocupado cada vez en mayor medida por la especulación financiera.

Los tiempos se reducen. El tiempo mismo está asociado, en la lógica presente sobre el progreso, a la velocidad. La eficiencia es el índice fundamental de medición del éxito

económico, y esa eficiencia depende del aumento de los ritmos, de la aceleración, de la reducción del tiempo, y peor aún, de la supeditación del tiempo vital al tiempo necesario para la obtención del dinero que proporcionará los objetos promovidos por la cultura del consumo.

Es un ciclo vertiginoso que no deja espacio a la concertación humana, al diálogo, al sencillo hecho de compartir valores humanos incluso, a escala familiar. Quienes tenemos un empleo, debemos dedicarle el mayor tiempo posible, para de esta forma ganar el sustento que nos permita comprar los objetos que nos harán felices. Y las personas continúan constituyendo parejas, familias, teniendo hijos, pues ese es un punto que el capital no ha podido quebrar directamente. De ello depende también su reproducción y su existencia misma. Pero los padres no tenemos tiempo para atender a nuestros hijos pues debemos trabajar. El afecto es sustituido entonces por más objetos, por canales de televisión por satélite, por Internet, por videojuegos y por un entramado de dominación que conduce inexorablemente a la idiotización de las personas.

La primera parte del film hollywoodense «The Matrix» es más que gráfico en ese sentido. Todo el objetivo del sistema es el control, es convertir a los seres humanos en simples «baterías», proveedoras de energía. Pensar por sí mismo, asociarse por sí mismo, disentir mínimamente del sistema, dedicar una parte de nuestro tiempo a nuestra familia por encima de las exigencias del capital es ya un acto de rebeldía, un primer antídoto contra la idiotez que precisa el sistema de nosotros para continuar funcionando.

El capital, al implementar las políticas monetaristas y de destrucción del equilibrio del trabajo, «quemó» su última reserva de productividad. Cada vez que son excluidas más y más personas de la producción, se inutilizan para reincorporarse a tales ciclos debido a la incapacidad de manejar los procesos tecnológicos cada vez más complejos.

La educación y la superación están sujetas a las leyes del mercado. Quienes no puedan costearse, no podrán (re)ingresar a la producción. Por consiguiente, por mucho que el capital encuentre vías de optimización del trabajo, los límites continúan reduciéndose, y por tanto, se reduce paulatinamente el plustrabajo, fuente de obtención real de ganancias.

La especulación financiera infla constantemente una burbuja que en algún momento explotará. Los portadores energéticos, por mucho que produzcan ganancias en la actualidad tienden a su agotamiento, las manufacturas de alto valor agregado tienen el inconveniente de su costo y sus precios, es decir, cada vez menos personas podrán acceder a estos.

La crisis es inevitable, así como el estado de «incivilidad» que trae consigo y que se manifiesta en el aumento de la violencia, en la falta de contacto y concertación entre las personas, en el aumento de los conflictos bélicos y el descontrol sobre la posesión de armamentos cada vez más destructivos, en la violencia del sistema que aumenta proporcionalmente a la necesidad de mantener el control. El futuro a mediano plazo es el de la ingobernabilidad, el descontrol y la quiebra del proyecto de civilización que promovió occidente al mundializar el capitalismo. El sistema de instituciones que se ha construido bajo la sociedad del capital ya no representa un mecanismo de producción de la vida humana.

La sociedad centrada en la economía del capital tiene como gerente al mercado. Y este distribuye, ciegamente, las posibilidades de vida o muerte. En el presente estadio de desarrollo del capitalismo, la reproducción de la vida, como concepto que abarca la propia existencia, no figura en la fórmula. Exclusión significa salirse de los marcos de la vida, y cada vez son más amplias las masas de excluidos a escala planetaria. En aras de mantener una cuota de ganancias, el capital induce la muerte de manera masiva. Ya sea por hambre y enfermedades, ya sea por guerras, ya sea mediante la violencia en todas sus manifestaciones (doméstica, familiar, de género, étnica, racial, por drogas, por el aumento de la delincuencia, por el uso

incontrolado de armas de fuego –como es el caso de los Estados Unidos donde anualmente mueren más de once mil personas por esta causa- por epidemias imposibles de controlar, por la propia lógica del mercado).

La violencia es consustancial a la existencia del sistema, y tiene toda una historia en la implementación de la utopía liberal del mercado como regulador de la vida. Los cercados, el desplazamiento de grandes masas de personas a las ciudades, con la consiguiente liberación de fuerza de trabajo, justamente cuando comenzaba la construcción del ferrocarril en Inglaterra sucedió por medios violentos. Las «escuelas de trabajo» de Ámsterdam, verdaderos centros de «formación» de obreros aptos para trabajar bajo las órdenes del capital. Los procesos de colonización en Asia, África y América Latina, tuvieron lugar a través de la violencia. El control del mercado de hidrocarburos en la actualidad y en el futuro próximo, el control de las fuentes de agua, se ejerce por medios cada vez más violentos. La preservación de la vida humana, de las capacidades creativas de las personas no cuenta ni para el mercado ni para el capital. Donde se resista a la razón del capital, las bombas hacen el trabajo de persuasión.

Pero existe otra manifestación de la crisis del capitalismo como modelo de convivencia y como atentado a la vida y a la felicidad humana. La destrucción constante de las fuentes vitales para la existencia. La destrucción del medio ambiente.

El paradigma objetual del sistema es el automóvil. Las personas trabajamos y tenemos como aspiración central conducir, ser poseedores privados de un automóvil. La vanguardia del capitalismo mundial, la sociedad norteamericana es obsesiva en ese sentido. La proporción de vehículos por habitantes es irracional (700 autos por cada 1000 habitantes). Anualmente se producen 16 millones de vehículos.

La situación se complica aún más dada la globalización del modelo norteamericano como aspiración máxima, como el «sueño» a alcanzar. El patrón se expande, y cada vez más países tienden a seguir dicha lógica. Pues uno de los parámetros para la «certificación» del desarrollo de un país es la cantidad de vehículos circulando, particularmente, en manos individuales, privadas.

Un país como China está impulsando tal modelo. En la actualidad se adquieren 1000 nuevos autos diariamente en el gigante asiático. Y es como para alarmarse seriamente la carrera por la posesión de automóviles en China. Una proporción igual a la de Estados Unidos dejaría sin hidrocarburos al planeta en un plazo fugaz. Y la India (junto con China hacen un tercio de la población mundial) está siguiendo ese patrón a ritmos más descontrolados aún.

La emisión de gases contaminantes, resultado de la combustión de los vehículos está recalentando la atmósfera y el planeta. Está provocando el aumento de los deshielos, del nivel del mar, el aumento de los niveles de intoxicación, de la incidencia de rayos dañinos al cuerpo, cáncer en la piel y demás implicaciones.

Pero el fetiche del auto va más lejos. Supongamos que la ciencia logra revertir el proceso de combustión y aparece el motor ideal, que consume monóxido de carbono y expulsa oxígeno. Los autos necesitan vías para desplazarse, y cada nueva autopista que se construye son millones de hectáreas quemadas para la circulación de vehículos y que se vuelven inservibles para la producción de alimentos, para el crecimiento forestal imprescindible para el mantenimiento equilibrado de la reproducción de la vida.

El capital, al exterminar al trabajo y la naturaleza, extermina la vida y hace cada vez más difícil la convivencia humana, de hecho, ya está en peligro la propia existencia en el planeta. Y no parece muy realista la idea de colonizar otros sitios en el espacio exterior.

El jefe de una tribu indígena de Norteamérica describe el fin de la lógica del capital de manera lapidaria «cuando el último árbol sea cortado, cuando se pesque el último pez, la gente se dará cuenta que no comen dinero».

Pero la sociedad que se propone superar los límites del capital y transformar el trabajo, tiene ante sí desafíos teóricos y prácticos, muy asociados al tema de rebasar los límites de la economía, entre los que se encuentran:

- el tránsito hacia un proceso de socialización de los medios de producción, es decir, el manejo por parte de la sociedad de los medios para producir la subsistencia, sin la espada de Damocles de la escasez como el principio estructurador.

- el tipo de transformaciones que deberán tener lugar para alcanzar un estadio de real socialización de la producción (salirse de la producción en su forma actual depredadora y explotadora), del saber y del poder.

- los tipos de prácticas que deberán sustituir a las que el régimen de la economía y la producción han establecido como marco de transcurso de la vida de la humanidad, y con ello, el cambio en las relaciones sociales cuyo centro hoy son las relaciones establecidas en la *producción*.

- la ética y las normativas jurídicas que sustituyan la ética del hambre y la violencia hecha ley del capital y propicien el proceso de socialización.

- las fronteras de inicio de las transformaciones, es decir, situar los puntos de partida del cambio, dentro o fuera del sistema (lo cual está directamente relacionado con el tema de la toma y/o la construcción del poder)

- los tipos de propiedad sustitutivos de la propiedad privada capitalista

- el tipo de estado, los criterios de representación y la participación de este en el control de la economía, así como la participación social en su control y dirección.

Pues tal y como está diseñada, la sociedad del capital no brinda amplios espacios para transformaciones ya sean evolutivas o radicales. Pero al mismo tiempo, tal y como se aprecia el resultado de las experiencias socialistas del siglo pasado, la toma del poder político no será una condición suficiente, ni la garantía de que tales procesos tendrán lugar.

Trascender la economía, al menos en su forma cooptada y enajenada por el capital, parece ser la gran incógnita y una de tantas vías de cambio social. No se trata de «abolir» la economía, sino agotar los límites en los que el liberalismo la ha situado, y buscar más allá, en esos patrones de interacción social que la desbordan (aunque la incluyen) y propician una transformación real de la sociedad.

Hoy es necesario preguntarse los propios límites de la economía, como proceso de prácticas e interacciones en la realidad objetiva, como sistema de conocimientos, como forma de la conciencia social. La sociedad, el proceso civilizatorio post capitalista tendrá que poner estas cuestiones en su agenda. El desplazamiento de «lo económico», como único componente de la centralidad humana es un tema en el debate de los movimientos emancipatorios.

La sobrevivencia de nuestra especie, y el propio equilibrio del planeta, dependen de la búsqueda de alternativas al orden vigente. «Concertación sobre los medios de subsistencia» la denomina Jean Robert<sup>1</sup>, la «política de la era solar» como alternativa a la economía propone

Hazel Henderson<sup>2</sup>, comunismo dice Marx, «socialismo del siglo XXI» se promueve desde Venezuela.

Sin embargo, la alternativa anticapitalista más avanzada que ha existido en la historia no pudo escapar de las redes de la economía en términos de la herencia liberal. Se instauró un régimen de justicia distributiva de la riqueza, pero no rebasó la lógica precedente, pues la producción se mantuvo con arreglo a la ley del valor, aspirando al desarrollo, al crecimiento económico, en un sentido similar al del capital. La contradicción producida por repartir la escasez de modo más justo con arreglo al modo de producción del capital terminó por hacer colapsar el sistema.

## **2. La alternativa inconclusa del socialismo.**

El modelo promovido por la Unión Soviética y extendido al Este de Europa sencillamente desapareció. En China se dice que se avanza hacia un socialismo de mercado. Y la parte de la orientación al mercado queda clara, pero no la del socialismo. Peor aún, la repetición de los patrones de crecimiento económico del capitalismo, o sea, que el socialismo sea «más eficiente» que el capitalismo, no parece ser la alternativa viable para todo el planeta.

La revolución comenzada en 1917 en Rusia tropezó con varias trampas de las que no se repuso. En primer lugar, el capitalismo se constituyó en un sistema-mundo, el cual, al margen de las diversas formas nacionales que adoptó (y de la lógica de desarrollo desigual que le es inherente) se presentó como un solo sistema a escala planetaria. Este hecho condicionó en gran medida el planteamiento del socialismo, también, como un sistema único a escala global.

De un lado está el razonamiento de Marx sobre la revolución mundial, de otro, la práctica de la revolución soviética que derivó en la promoción un modelo único de socialismo. La riqueza del debate sobre las diversas vías de acceder y de su puesta en práctica feneció en el contexto de preámbulo a la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente, los intentos de llevar a cabo la construcción de una nueva sociedad que se diferenciaban del modelo del «socialismo real», eran tomados con rechazo y fueron más los desencuentros que las alianzas para una mundialización del socialismo tomando la diversidad de propuestas que pudieran emerger. Esta especie de ceguera estrategista impidió un debate y articulación de las propuestas de salida de la sociedad del capital que tuvieron lugar en el siglo pasado, y con ello, el poder del capital se mantuvo prácticamente intacto.

En segundo lugar, la propuesta de sociedad superadora del capitalismo siempre llegó a través de la «toma del poder» por un partido o movimiento de vanguardia. Si bien este es un paso casi imprescindible (y por demás factible), no se planteó la autoextinción de tales vanguardias como mecanismos de poder, a través de un proceso constante de socialización de la producción, el conocimiento y el poder mismo.

El resultado fue la generación de burocracias enquistadas en sus espacios, no dispuestas a «ceder» y cuya permanencia estuvo matizada no solo por la no eliminación de las fuentes de enajenación heredadas del capitalismo (si no se superaba la producción en la lógica del capital, era imposible salir de la enajenación que le era consustancial) sino también por la emergencia de nuevas formas de enajenación determinantes en la desmovilización de las masas de los procesos revolucionarios.

La práctica socialista conocida tampoco superó los mecanismos de representación y delegación de la tradición liberal. Allí donde surgieron formas de democracia directa (los *soviets*, los consejos en Hungría, y otras muchas expresiones) se cedió el espacio a formas «profesionales» y delegativas que alejaron a las personas reales de los mecanismos de decisión sobre sus vidas. No cabía otro desenlace: el desencanto o la apatía.

Por sí mismo, el estado y la planificación no eran elementos negativos. Lo fueron en la misma medida en que los hombres y mujeres comprometidos en el proyecto emancipador dejaron de tener acceso, perdieron el control sobre las instituciones y fueron estas las que de manera «impersonal» decidieron sobre sus vidas. La propiedad del estado sobre los medios de producción, la dirección estatal de la economía y los procesos sociales no sustituyeron entonces las formas de dominación vigentes, en tanto la sociedad perdió el acceso al estado que la representaba.

La práctica socialista del pasado siglo no superó la trampa histórica del capitalismo en el sentido de la subestimación de la capacidad de los seres humanos de discernimiento en su vida cotidiana. Solo un reducido número de «expertos», cuyo coeficiente de inteligencia y capacidad intelectual se suponía por encima de la media social y único como cualidad, eran capaces de poder planear «en grande», de diseñar políticas, y por consiguiente decidir qué sería lo más conveniente para la vida del común de los mortales, de «la masa».

En esa misma dirección estaba el supuesto que identificaba la planificación, la conformación de políticas de largo alcance y la toma de decisiones, como un proceso «*per se*», algo además, «por encima», inalcanzable y ajeno a la gente común. Siempre se piensa la organización social «desde arriba». En esta lógica, por supuesto, la toma de decisiones se vincula tan solo a cuestiones múltiples, complejas, estratégicas, y sobre todo jerárquicas, y así realmente resulta imposible decidir, si cada vez los políticos, los «elegidos», los «expertos» tienen que someter a plebiscito cada idea que se les ocurra. Esto, a su vez, está asociado a la votación, a la herencia liberal, a la gran conquista del capital «*one man-one vote*». Por esta vía sencillamente se ignoró la capacidad humana de organización desde las bases, la capacidad humana de interacción, la flexibilidad de esas relaciones, la velocidad y (hoy) la agilidad que puede alcanzar esa comunicación con las nuevas tecnologías. Por esta vía de antemano se mutila la posibilidad de construcción de poder desde abajo, en las bases, a pequeña escala, y la capacidad de articulación de las más diversas experiencias a nivel sectorial, local, social y global.

Se ha sucumbido al engaño mediante esa vieja idea. Un grupo de «sabios», «expertos», alguien siempre por encima del resto del grupo, pensando y decidiendo por los demás. Las experiencias anticapitalistas conocidas no rebasaron esos límites. De ahí que la discusión sobre la democracia económica siempre termine en la tautología, en el círculo vicioso del *referéndum* permanente como modelo de imposibilidad. Las personas pueden perfectamente organizarse en el diario de sus vidas, como individualidades, como colectivos humanos, como complejo social articulado. A *referéndum* habría que llevar las decisiones sobre el Programa Social en general, las estrategias que afecten a todo el entramado social, de corto, mediano y largo alcance.

El verdadero problema, incluso, el temor real de quienes gozan hoy de la manera en que está construido el poder con arreglo a la lógica de la modernidad, a la lógica del capital; es que las personas se organicen en sus vidas de manera autónoma y entonces la función de los «*policy makers*», de los «expertos», los caudillos, los líderes, se vuelva superflua, o cuando menos, completamente subordinada a esa «masa desorganizada» la cual sabrá (sabe) cómo organizarse. Con la capacidad para promoverles y destituirles según cumplan la función para la cual han sido designados, y no como sucede hoy, completamente a la inversa.

En honor a la verdad, se ha jugado mucho con el axioma de que «los pueblos no se equivocan». A raíz de la desaparición de la URSS y el Bloque Socialista de Europa del Este esta idea fue muy manipulada. Se discutía si aquellos pueblos se habrían o no equivocado. Pero lo cierto es que a lo largo de la historia las masas nunca se han equivocado. No porque siempre hagan lo correcto, sino por que no las han dejado. Siempre han existido movimientos,

líderes, partidos, etc., que se han equivocado por los pueblos. Va siendo hora que la gente cometa y se haga responsable de sus propios errores.

Se ha generalizado la noción de que partido único y planificación central son «deficiencias» de las sociedades anticapitalistas. Desde Hayek hasta Hinkelammert, dos autores totalmente contrapuestos en sus ideologías, ha existido cierto consenso sobre este particular. Sin embargo, el problema no radica aquí; es una especie de mito que enfrenta planificación central con economía de mercado, partido único con falta de libertad y control.

Y no es que la realidad histórica no confirme, en gran medida, esta idea. No obstante, en esa antípoda se obvia un elemento crucial: la sociedad. No como contrapuesta al Estado, enfrentada a él, sino como el verdadero sujeto que accede a, y controla el Estado. El problema no radica en una organización política de partido único, ni el nivel de centralización de la planificación. El problema vital es el grado real de participación de la sociedad civil en los procesos de toma de decisiones.

No abundan los análisis sobre la debacle del socialismo en el este de Europa y la URSS, sobre la fragmentación de Yugoslavia, que pongan el énfasis en este aspecto. La planificación puede estar más o menos centralizada, puede existir más de un partido. Sin embargo, cuando no hay una real articulación de todos los sectores sociales, cuando las demandas de esa sociedad no tienen canales de expresión, cuando el acceso al control (fiscal, político, ideológico, administrativo, económico, etc.) es privativo de un grupo profesional (no sujeto a control alguno) y la participación se reduce a «tomar parte» a asistir y no a decidir sobre los procesos, entonces resulta muy difícil avanzar más allá de los límites de las relaciones y las prácticas que el capital impone. La organización social debe darse con arreglo a una cada vez más amplia socialización del conocimiento, la producción y el poder. Sin la más amplia, activa y autónoma participación en la toma de decisiones será difícil rebasar los marcos de la sociedad del capital y construir una sociedad comunista.

Ese es uno de los grandes problemas y retos que ha enfrentado el socialismo conocido históricamente, los procesos de toma de decisiones a escala social han estado en manos de sujetos los cuales no han visto afectadas sus vidas cotidianas, ni las de sus familias, por las consecuencias de las decisiones que toman. Es difícil pensar en un alto representante del estado para determinada rama que haya sufrido directamente (como tampoco sus familias) las consecuencias de malas decisiones tomadas en su gestión. En la gran mayoría de los casos las estructuras establecidas propician que los funcionarios se rindan cuentas entre ellos mismos, nunca directamente a quienes representan, nunca directamente al pueblo, no ya en un sentido abstracto, sino concretamente en las escalas locales, sociales, nacionales.

Las sociedades modernas no están concebidas de modo tal que las bases determinen y decidan realmente, sino de modo jerárquico, piramidal, donde la base obedece y la parte alta decide, ordena. Entonces, un proceso de toma de decisiones que parta de la base y de las necesidades reales de las personas reales (no números y cifras de estadísticas globales, con las cuales gustan de trabajar los «expertos») tendrá como ventaja que las personas que deciden son conscientes del impacto que tendrá en sus vidas cada decisión que tomen. Eso hará más activo y participativo el proceso.

En casi todos los casos en los que se modela una sociedad poscapitalista se hace énfasis en el aumento de la productividad, del desempeño económico más eficiente que el del capitalismo, de otro modo, no tendría sentido emprenderlo. Estas propuestas, contemplan una especie de transición la cual propiciaría la combinación de factores y prácticas establecidas por el capitalismo y nuevos mecanismos y relaciones que tendrían lugar, dando un cambio de esencia al sistema predominante hoy.

La pregunta de cómo llegar hasta ese punto sigue siendo la gran incógnita. El cambio en la economía, en su forma de organización, en sus objetivos es crucial, pero ello implicaría determinadas formas y prácticas políticas que la regulen y le den un curso racional. Entonces se vuelve al mismo ciclo. O se piensa en cambios económicos que hagan necesarias cierta organización política, o viceversa. Y otra vez se cae en la trampa histórica de las alternativas. ¿Habría que tomar el poder para llevar a cabo dichos cambios? ¿Habría que plantearse el problema en términos de la toma del poder?

El socialismo estuvo por un poco más de siete décadas en el poder en la URSS, pero desapareció. Entonces, ¿es una condición suficiente la toma del poder? ¿Qué sucede con el tema de la hegemonía? ¿Fue superada la hegemonía del capital en setenta años de socialismo en el poder?

Y aquí no se propone descartar de antemano la toma del poder como algo obsoleto. Este problema sigue estando en el mismo vórtice del pensamiento antisistema. Sigue siendo crucial, sin embargo, es evidente la necesidad de replantearse las vías y los métodos para ello. Y no sólo el «cómo», sino también «quiénes». ¿Cuáles serán los sujetos que harán todo lo necesario para llegar allí? ¿Cómo se organizarán?

Las revoluciones sociales del siglo XX implicaron una gran liberación y empoderamiento del trabajo ante el capital particularmente a través de la dignificación de la vida de las personas. El acceso pleno al empleo, a la educación, a estándares sanitarios de muy alto nivel, la protección a la niñez, el crecimiento humano en la mujer que se vio muy liberada de la dominación precedente. Un océano de conquistas sociales arrancadas a sangre y sudor al capital, en medio de circunstancias realmente difíciles.

Pero la perpetuación de la vanguardia en el estado socialista alejado de las personas tendió más a la restricción que a la liberación, tendió más a la enajenación que a la emancipación plena de los hombres y mujeres. ¿Cómo si no explicar el retorno casi de ganado eufórico al capitalismo más salvaje de esos pueblos que habían antes luchado hasta morir por liberarse de él?

Las personas no estaban en control de sus vidas, no gestionaban sus vidas ellas mismas. Y a tal punto, las generaciones que estudiaron, se educaron, alcanzaron altos grados de instrucción, pero que no se veían reflejadas en la lógica social imperante, decidieron «cruzar la frontera» hacia el consumo restringido en sus sistemas. Siempre fueron preferibles los «errores» por aperturas a los «aciertos» por la censura. Pero se optó por restringir, por censurar incluso, libertades arrancadas en las luchas obreras y sociales a la dominación del capital.

Las revoluciones socialistas tuvieron lugar porque las personas no se veían representadas en el sistema del capitalismo, porque éste las explotaba. El retorno al capitalismo se dio, también porque los estados y los sistemas socialistas tampoco representaban a las personas comunes y éstas se sentían explotadas.

### **3. Autogestión de la vida. Lucha contra el capital y recuperación de la experiencia histórica.**

Ahora bien, el fracaso de dichas experiencias no puede ser el argumento final para decretar su inviabilidad. El socialismo (o por el momento llamémoslo poscapitalismo) como hemos visto antes, es necesario dado el signo destructivo de la razón capitalista. Es además, y por esas mismas razones, deseable. Es decir, está en el deseo de la gran mayoría de las personas del planeta excluidas del acceso al reparto de la escasez del capitalismo la meta de un modo de convivencia en el que quepamos todos y todas, en el que seamos las personas quienes

decidamos nuestros destinos, no el mercado o un «gran hermano». Y lo más importante, que para esa inmensa mayoría de personas se va haciendo un mundo posible, practicable ¿Cómo sería posible ese mundo?

Marx pensó el socialismo como asociación de productores libres. Era necesario liberar al trabajo de la producción capitalista, y para ello se hizo énfasis en el rol de las asociaciones de trabajadores (en cooperativas y en asociaciones autogestionarias), como paso imprescindible para un tránsito hacia el comunismo. De la lectura de Marx, Engels y Lenin, y de la propia práctica, se desprende una visión del socialismo como un proceso de socialización de la producción, el saber y el poder. Y para ello la autogestión puede ser una vía.

El marxismo no pensó «de pronto» la autogestión como una alternativa al orden del capital. Había existido una historia anterior que, incluso, se remontaba al antiguo Egipto, a los Fenicios, a Roma, sitios y épocas en los que tuvieron lugar asociaciones en cooperativas. Desde finales del siglo XVIII, y sobre todo a partir de la tercera década del siglo XIX aparecen asociaciones del trabajo cuya orientación hacia la autogestión era indiscutible.

Los experimentos de Owen, Saint-Simons y Fourier, quienes organizaron comunidades e intentaron cambiar el orden vigente mediante la autogestión fueron indiscutiblemente una fuente importante para el pensamiento de Marx, Engels y el propio Lenin a la hora de proponer una sociedad distinta y superior a la del capital.

Sería interesante señalar que junto a las tendencias más radicales, también surgieron vertientes dentro del cooperativismo que intentaban (y aún hoy siguen esta línea) llegar a un modo de organización que no quebrara las bases del sistema y diera márgenes de acción sin el choque político y de clases que una solución radical implicaba.

Ese es el caso del experimento de Rochdale, un barrio pobre de Manchester en el cual en 1844, 30 trabajadores establecieron la producción en régimen de cooperativa y establecieron siete principios (matrícula abierta, neutralidad política, un socio un voto, interés limitado sobre el capital, ventas al contado, ganancias que vuelven al socio, educación y formación) que hoy practican todas las asociaciones de cooperativas que no van hacia un cambio de sistema, sino a una convivencia «apolítica» con el capital.

Marx en sus trabajos no pudo más que apuntar sus reflexiones en el sentido de que la sociedad poscapitalista tendría una fuerte tendencia a la autogestión económica y política, hacia el autogobierno. La idea sobre la extinción del estado no solo está fundamentada en la lógica de la lucha de clases, sino también, en esa tendencia autogestiva que se apreciaba ya en aquel entonces con extraordinaria fuerza. «Producir sin patrones» continua estando entre los sueños de emancipación humana. Era lo que Engels definía como el tránsito del control sobre las personas a la administración de las cosas.

Lenin, por su parte, prestó singular atención a las cooperativas como gérmenes de socialismo. Especialmente indicaba que una vez que el estado fuese socialista, la asociación de la producción en cooperativas sería algo evidente y alejaría la ironía con que se solía mirar hacia ese tipo de experiencia. Si toda la producción estuviese organizada en cooperativas, afirmaba, «ya estaríamos con ambos pies en el suelo socialista».

Sin embargo, la NEP quedó inconclusa, Lenin falleció tempranamente para la Revolución bolchevique. La coyuntura histórica subsiguiente y la dirección de Stalin condujeron a la URSS por senderos bastante lejanos a la autogestión. La revolución húngara fue aplastada. El debate sobre la asociación libre de productores silenciado y, en el mejor de los casos, pospuesto. Se impuso un modo de hacer el socialismo que hizo imposible cualquier transición por la vía de la autogestión

En el presente, por otro lado, el capital cada día va dejando menos espacio para la convivencia pacífica y bucólica. La línea de demarcación cada día se acerca más, porque el tema central es la vida o la muerte. Permanecer en el terreno del capital se convierte en una ruleta rusa, en cualquier momento salimos del juego de la peor manera. Y no es que alistarse en su contra sea un camino de rosas, la lucha es enconada, no exenta de errores y riesgos. Pero lo que sí va quedando claro es que tenemos que acabar de gestionar nuestras vidas nosotros mismos. No será el capital, ni un grupo en nuestro nombre quienes hagan posible la trascendencia de la vida como hecho natural. Tendremos que hacerlo por nuestra cuenta, en concertación, sin explotación, sin dominación, sin otras desigualdades que no sean las de nuestras capacidades, sin que para ser felices tengamos necesariamente que perjudicar a otras personas. Y aquí no se habla de convivencia feliz al margen de la lucha de clases, al margen de los esfuerzos del capital por mantener su dominación, sino, de en medio de esa lucha, cambiar nosotros mismo, acceder a ella, participar de esa lucha en nuestra condición autónoma y responsable, estableciendo ya, en esa misma lucha, una nueva ética que permita la permanencia en el tiempo y el espacio de una alternativa al capitalismo.

La autogestión es un concepto que abarca una actitud ante la vida. Un concepto que hace referencia a la actuación individual o grupal de modo autónomo. Se hace referencia a una manera específica de organizar la vida de las personas, como un proceso de combinación de factores económicos, políticos, psicológicos, afectivos, volitivos; todo un proceso de interacción social-humana, en el cual las personas toman debida rienda de sus vidas, «asaltan» el proceso de toma de decisiones, con un debido balance de lo individual y lo colectivo.

Autogestión significa organizar la vida de modo conciente (conciencia individual y de la pertenencia a un colectivo humano) teniendo como objetivo el mejoramiento humano íntegro, más allá de los estrechos marcos de la economía. Una forma de transición de la acumulación social a la acumulación política, como clave para entender y realizar el proceso de socialización de la producción, el conocimiento y el poder, para realizar un proceso real de subsunción de la política por la sociedad (lo que Marx llamara la absorción de la sociedad política por la sociedad civil).

A esta noción están asociados términos clave como son la participación, en la cual, además de «tomar parte», de ser convocados, los sujetos deben participar, fundamentalmente y con la información correspondiente, en la toma de decisiones sobre los procesos en los que están involucrados y que afectarán sus vidas.

Autonomía, en el sentido que las personas arriban a la participación concientemente y con total independencia, sin condicionamientos políticos e ideológicos por parte de estructuras jerárquicas ya sean individuales o grupales. La autonomía significa, ante todo, responsabilidad, participación y tratamiento en condición de igualdad para decidir y gestionar sus vidas.

Solidaridad, sobrepasando los marcos caritativos de la cultura occidental y encauzada en la ayuda incondicional y crítica. Base de una ética autogestionaria que tenga como eje central el no perjuicio al otro, como superación del principio vertebrador de la lógica del capital a nivel subjetivo que establece, partiendo de la desigualdad, perjudicar a los demás para propiciar la realización individual.

Cooperación, como proceso de colaboración solidaria en los procesos en los que las personas participan, ya sean dentro o fuera de la economía. Igualmente, las cooperativas, forma de propiedad y producción surgida en el seno de la sociedad capitalista, basadas en tal principio, y que no necesariamente tienen un sello antisistémico, son, de hecho, un puente esencial en la salida antisistema en tanto vehículo primario de socialización de la producción. Sin la

solidaridad como principio ético, la cooperación no tendrá un sentido social diferente al que propone la lógica del capital.

Por autogestión, además, se entiende un rasgo, una orientación de la actividad humana que tiene lugar en y a través de la interacción entre (y dentro) de colectividades humanas, especialmente en el entorno de la lucha de clases, y que tiene como objetivo principal que las personas y grupos humanos dirijan por sí mismos sus destinos.

Históricamente vista, ha sido una respuesta del trabajo ante el capital. Una respuesta tendiente a propiciar una organización de la producción y de la vida de las personas más allá de los marcos de la relación patrón-trabajador que resulta del sistema de explotación, dominación y enajenación en los que la sociedad capitalista condiciona las relaciones humanas.

Esta orientación de la actividad humana supone independencia y autonomía en la organización de la producción y la proyección política de los sujetos y grupos sociales más o menos radicalmente en contra del sistema capitalista, con un determinado grado de participación colectiva, activa y consciente en el proceso de toma de decisiones a los niveles en los que han tenido lugar las experiencias de este tipo a lo largo de la Historia y un determinado grado de autonomía de los individuos y las colectividades involucradas en dichas experiencias.

En términos de deber ser, esta cualidad y proceso inherente de las personas estaría caracterizada por tres principales rasgos: a) participación activa, consciente y libre en todos y cada uno de los procesos en los que se involucren las personas; b) participación activa, conciente y libre en la toma de decisiones de todos y cada uno de los procesos que afectan la vida de quienes participan y, c) autonomía en el ejercicio de la participación y la toma de decisiones, autonomía entendida como proceso de empoderamiento del individuo en y a través de la interacción con colectivos humanos en cualquier esfera de la vida, autonomía entendida, igualmente, como responsabilidad individual ante la colectividad humana con la que (y a través de la cual) se interactúa.

Para acabar con la dominación del capital, tenemos que salirnos de sus reglas de juego. Hace falta, como diría Oscar Wilde en «El alma del hombre bajo el socialismo», precisamente, proponer un modelo que sea «poco práctico» y que vaya en contra de la naturaleza humana, pues el cambio es la única cualidad real que podemos predicar de ella, y los sistemas que fracasan son los que confían en su permanencia inamovible y no en su cambio, en su crecimiento y desarrollo.

El cambio que se propone es a contracultura, el cambio al que nos convoca la lucha por mantener la vida es un cambio civilizatorio, un cambio que tendremos que efectuar todos y todas para que pueda ser real y duradero. La humanidad no puede darse más el lujo de la permanencia del capitalismo, ni de la repetición de las experiencias anticapitalistas del siglo XX que terminaron provocando que las personas «quisieran» volver a ser explotadas.

Para trascender su lógica, para ir más allá del capital, tendremos que gestionar la vida de manera autónoma, nosotros, entre nosotros, concertando, dialogando, construyendo juntos hombres y mujeres la sociedad en la que quepamos sin dominación de nada o nadie.

*Flores, Octubre 2006*

## <sup>1</sup>Notas

Robert, Jean: “*El Fin De La Economía. Escasez, Economía y Concepto de la Buena Vida en el Umbral de la Realidad.*”Revista IXTUS. Espíritu y Cultura. 1999, No. 26, Año VII, Cuernavaca, Morelos, México.

<sup>2</sup>

Henderson, Hazel: “*The politics of solar age. Alternatives to economics*”. Anchor Press/Doubleday. New York. 1981.